

Max Jara

Evocación de Carlos R. Mondaca ⁽¹⁾



VEINTE años después de su muerte, recordamos hoy a Carlos Mondaca Cortés, en este mismo Salón de Honor donde oyéramos, por primera vez, al poeta. Era en 1904. Dudo que la vida espiritual de los escritores chilenos sea hoy de una intensidad tal como la sentíamos. Aquellos tiempos fueron de actividad intelectual afiebrada. En toda la América Hispana resurgían las letras. Al amparo de una bonanza económica que hoy nos parece fantástica, nos saturábamos del pensamiento europeo que llegaba a nosotros gracias a la difusión de las editoriales españolas, que ponían a nuestro alcance, a precios mínimos, las obras geniales científicas y literarias. El conocimiento logrado por nuestros estudios era forzosamente incompleto y en el caso de Mondaca, sobre todo en lo que correspondía a la Ciencia. De ahí la necesidad de leer y releer cuanto libro de divulgación científica caía en sus manos, con el convencimiento de que las ciencias matemáticas, físicas y biológicas bien valían el latín de las humanidades clásicas que moldearon su inteligencia.

Aquel primer poema, que le oímos, «La Lluvia», se resentía del tono enfático, de no pocos artistas de la época, influenciados

(1) Trabajo leído en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

por el maestro Pedro Antonio González. No aparece en el primer libro de Mondaca; ni recuerdo que fuese publicado en diario o revista. No tuvo mayor significación que la de un balbuceo retórico. Cuando el poeta pensó por sí mismo, su tono se hizo sencillo, ajeno a toda afectación o ampulosidad; expresó su pensamiento puro, con humildad de corazón, en un tono personalísimo, nunca trivial, siempre digno.

Honrando su memoria, como homenaje necesario y con la viva intención de sentir al unísono con ese, su pensamiento, les invito a pasear brevemente, por el huerto de su alma—como él dijo—guiados por la voz de nuestra eximia artista María Maluenda. Ella nos ayudará eficazmente en este atrevido intento: definir, aunque esquemáticamente, los rasgos esenciales del escritor gracias a su obra para su mayor comprensión; e iniciamos el conocimiento íntimo de su espíritu con el magistral prólogo de su primera obra «Por los Caminos».

* * *

El hogar intelectual de Mondaca fué esta Casa Universitaria, cuyo interior de entonces no difiere mucho del de hoy, sólo que ambos patios eran abiertos y cultivados como jardines que cruzaban estrechos caminillos de grava, bordeados de plantas, caminillos que convergían al centro donde chorreaban hilos de agua de minúsculas fuentes, con delicadas gárgolas de fierro cincelado, sobre piletas que la humedad y el tiempo decoraran de suave musgo. En las oficinas, largas y altas salas, el amueblado de lustrosas maderas y fatigados asientos, era grato por las tardes, terminada la labor, discurrir al balbuceo de los mecheros de gas dentro de las tulipas empañadas. Todo aquel conjunto sugería, como hoy, la potencia de una vida intelectual afanosa y grata que, sin la severidad ostentosa del templo, guarda la clara dignidad de él. Lo que sí ha cambiado, es la vida externa

de la Casa, abierta ahora para satisfacer necesidades que no se precisaban todavía con la exigencia del tiempo actual.

Al amparo de la Universidad, protectora de las ciencias y de las letras, y en este mismo Salón, como ya se sabe, efectuábanse periódicamente, desde el 1.º de mayo de 1899, las veladas del segundo Ateneo de Santiago—el primero había muerto con los trastornos políticos de la revolución del 91—, la única y la más alta tribuna intelectual chilena, que por el solo hecho de ocuparla, honraba al escritor novel y consagraba al ya conocido. Eru-ditos, pedagogos, pensadores, poetas y prosistas, los más altos ingenios de Chile y buen número de eminentes extranjeros, hablaron desde ella, ante públicos ávidos de conocimiento o de belleza que les testimoniaron a muchos admiración, a todos simpatías.

Mantenedor perseverante de este hogar fué el sabio maestro, el aplaudido poeta Samuel Lillo, Secretario Perpetuo del Ateneo, el que existió durante treinta años por la sola virtud de su extraordinario amor a las letras. Indiferente a las críticas irónicas, desdeñosa de los comentarios desagradecidos, dolido tal vez por las murmuraciones mal intencionadas de extraños, con el íntimo convencimiento de servir continuando la línea de nuestra naciente literatura, acogía Lillo no paterna, fraternalmente, a todo joven que se creyera llamado al ejercicio de las letras; y cuando, a su juicio benévolo y desapasionado, pero siempre vigilante, merecía bien, lo distinguió con su amistad, y si fué menester lo ayudó en la necesidad.

Lillo trajo al poeta a la Universidad y al Ateneo, es decir al núcleo de la vida literaria de entonces.

Dos obras publicó Mondaca: «Por los Caminos», en 1910 y «Recogimiento», en 1921, refundidas en el volumen «Poesías» editado en 1931, gracias a la devoción de buenos amigos y del compañero de tareas, Carlos Dávila H., quienes supieron aunar voluntades y dineros para mayor honra y dilatada memoria del artista.

Los títulos de ambas obras definen ellos solos la vida espiritual del autor en dos etapas claramente distintas: la primera, corresponde a la confrontación del mundo exterior con la representación que de ese mismo mundo creara él, joven, por la virtud de la ilusión; la segunda, el total ensimismamiento del espíritu consciente, mortalmente herido por la realidad en la cual ya no quiere pensar.

En las 26 poesías de «Por los Caminos» se advierte un joven ávido de vida conforme a las normas de una educación estrictamente cristiana, trasplantado de súbito desde el ambiente de su provincia, rico en afanes estudiantiles, turbado apenas por pequeñas complicaciones domésticas, gozoso de traviesas y regocijadas distracciones, complacido de afectos sin doblez y, ay! sin mañana, al afebrado y provocador trajín de la ciudad grande que reuniendo a los hombres los disocia; que desviándolos de su propio sendero, los anula; que los envilece con el miraje del poder o la riqueza; que los destroza por el vicio.

Los subtítulos «Varios Ensueños» y «El Poema de las calles» acusan sus primeras reacciones santiagueñas, saturadas, sin decirlo expresamente, de un atroz desengaño mitigado apenas por la esperanza en la misericordia divina, que invoca ante la realidad de los humildes miserables, en el último fragmento de «Los Suburbios», verdadera llamarada de piedad por el infortunio humano.

* * *

El poema «Mi Alma» sugiere que el hombre se ha detenido ante él mismo para precisarse y definirse tras aquella primera etapa de su vida, debilitadas ya las instancias apremiantes de los días juveniles. Esta pura flor de poesía merece un comentario más extenso de lo que permiten estas breves anotaciones.

En el subtítulo «Amorosas», ramillete dedicado a su esposa, despierta y toma vida el anhelo absoluto del amor que redime

y exalta, honesto amor que buscamos todos y que no muchos encuentran porque tal vez es sólo un hallazgo. Nos dicen sus estrofas, en creciente éxtasis, la frescura de las primeras flores de los deslumbramientos ilimitados, del alborozo triunfal y cándido del primer beso.

Vuelve el poeta en los poemas del subtítulo «Los humildes» a las impresiones fabulosas, pero exactas en su traducción moral, de la vida adolescente. Sin embargo, asoma ya en uno de ellos la desesperanza, la suave y luminosa bruma con que nos complace a veces envolver el pasado, no tan lejano aún, pero lo suficiente para vislumbrar que todo en la vida es irreparable: «Los Recuerdos»

* * *

La lectura de la obra «Recogimiento», que reúne 18 poemas, supone en su autor, como ya se dijo, una disociación cada día mayor con el mundo externo. No es que lo desdeñe, pero toda realidad está ya en él mismo y es una realidad más que triste desesperada con la idea de la muerte, enunciada o no, pero siempre presente y podríamos decir triunfante en más de doce de esas poesías y aún en una de las más hermosas, la «Dedicatoria» a su hija Virginia.

La obsesión se mantiene, aunque atenuada, en la «Oración al hijo» y adquiere en «Elegía» a la santa memoria de su madre poema que todos conocemos o debemos conocer, un tono solemne, que se degrada al final en un aullido de dolor casi físico. No para satisfacción de una vanidad pueril recitó el poeta la «Elegía» en la Sesión solemne en que el 2.º Ateneo celebraba el 20º aniversario de su fundación. Tras el recogido silencio de los asistentes, el Salón resonó con un clamor de ovación.

Este homenaje del hombre a la mujer que le dió el ser traduce el amor que fué tal vez, aunque él no lo advirtiera con plena conciencia, el más intenso de su vida.

Gastado por el esfuerzo diario, minado sin saberlo, por la enfermedad de que murió, este segundo libro «Recogimiento», guarda entrelíneas una confesión de renuncia definitiva a cuanto en horas pasadas le fué deseable. La instancia misma del amor se desvanece en la «Invitación a la Amistad».

* * *

Otro aspecto del escritor que se ha olvidado, o, más bien se ignora, es el del autor teatral. Siempre le tentó esta forma del arte, apenas cultivado en aquellos días de la Opera y la Zarzuela. Un público escaso acudía cuando compañías francesas o italianas de renombre llegaban, de tarde en tarde, al Municipal.

No sé por qué milagro consiguió Mondaca que una pieza suya llegase al teatro Santiago. No supe detalles de esa aventura, que el autor nunca tuvo afán de relatar, expresando sólo cuando a ella se aludía que se trataba de una pieza costumbrista titulada, y con toda verdad, «Adiós mi plata».

Entre tanto, la lectura de las grandes obras de los genios e ingenios de la dramática europea avivaba en nosotros la intención de realizar un teatro propio; y este anhelo no era sólo individual o del grupo maestro, era también el de toda la gente culta y tanto fué así que se dispuso, por no recuerdo bien qué organismo del Gobierno, la apertura de un concurso de obras dramáticas.

Perdón si en estos recuerdos aparece mi persona. Por ello procuraré ser breve. Me invitó Mondaca a participar en el certamen y después de discutir y considerar el problema, convenimos, ya que nuestro conocimiento del género era casi exclusivamente libresco, en trasladar al teatro la obra maestra del maestro Blest Gana «Durante la Reconquista». El teatro—nos dijimos—se dirige a toda la nación; ennoblece su tradición; corrige sus costumbres; difunde las ideas de su tiempo y señala, enalteciéndolas, las perspectivas del porvenir. Debemos, pues,

empezar por el principio: educar con la tradición. Nos la relate el historiador o el novelista, es siempre historia.

Aquel primer ensayo en género tan difícil adolecía de tan graves defectos que ni siquiera se le mencionó en el fallo del Jurado, por lo que, aprovechando la merecida lección, seguimos en nuestro empeño, corrigiendo y puliendo la pieza, hasta llegar a hacerla representable.

El Rector, don Valentín Letelier, seguía muy interesado la vida de nuestro grupo literario, y cuando, alentados por su benevolencia, nos atrevimos a rogarle que oyese la lectura de «La Reconquista» accedió a ello. Y la leímos una noche en la Sala del Rector, ante él, don Elías de la Cruz y algunos de nuestros amigos. Y la lectura no disgustó. Más aún, se nos felicitó; pero la felicitación de don Elías nos dejó un tanto desconcertados: el último acto—aseguró—le había recordado a d'Annunzio.

Más difícil tarea que escribirla nos resultó representar la obra. Un buen amigo periodista, Roberto Orihuela, descubrió a Rafael Pellicer, actor español de experiencia, merecedor de mejor destino, quien actuaba en el teatro Arturo Prat—hoy Coliseo—con una compañía por cierto que no de primer orden, pero disciplinada y discreta. La mentalidad de Avenida Matta no había comprendido a Pellicer, a pesar de haber descendido éste de la comedia española y francesa al vaudeville y de caer, por último, duro es decirlo, en el melodrama. Ni «La Torre de Nesle» ni aún «El Conde de Montecristo» lograban impresionar a la apática y cada día más escasa concurrencia. Llegábamos, pues, en el momento preciso. El hombre leyó la obra y se decidió: cerró el teatro por tres días para ensayar mañana, tarde y noche; mientras se preparaban la utilería y decorados y se procedía a la debida publicidad. Y en la noche del estreno, el 10 de marzo de 1911, se levantó el telón ante un público desbordante como nunca hubiéramos soñado. En el palco de honor el Rector don Valentín Letelier y un grupo de autoridades y amigos, presidían. Y con asombro y regocijo de todos y en primer lugar

de nosotros mismos, el drama se desenvolvió sin tropiezos; los actores, magistralmente dirigidos por Pellicer, se desempeñaban con propiedad y elegancia. Mariano Osorio y Alejandro Mansilla (Pellicer), Luisa Bustos (Antonia Pellicer) Manuel Rodríguez (Roberto Orihuela), doña Clarisa (señora de Pellicer) y otros tantos personajes cuya enumeración fatigaría, vivieron durante tres horas la vida emocionante que su creador, el insigne don Alberto Blest Gana les infundiera a través de nuestras plumas inexpertas. Al término de la velada, con la apoteosis escénica debida a una obra patriótica, salvas tras salvas de aplausos saludaron a intérpretes y escritores. Como se solicitara con insistencia oír a estos últimos, Mondaca avanzó sonriente y tras imponer silencio, con sobrio y decidido ademán, fué elocuente: «Señoras y señores—ordenó—¡hasta mañana!».

* * *

Durante un mes se mantuvo la obra en el cartel. De Arturo Prat pasó al Comedia, y de allí al Municipal, en un beneficio a la Liga de Estudiantes Pobres, beneficio que bien hubiéramos merecido Mondaca y yo, pues ni un centavo de tantas apreciables entradas llegó a nuestros bolsillos. Tampoco lo esperábamos, y así lo dijimos a don Juan Agustín Barriga, en el camarín del primer actor Miguel Muñoz, recién llegado al teatro Santiago, con ocasión de que el culto y ponderado escritor nos prevenía de no marearnos con el triunfo. No hubo afán de lucro en nuestra iniciativa, sino amor por las bellas letras chilenas, único bien que nadie puede desconocer al poeta.

Subió «La Reconquista» al Municipal prestigiada por un reparto que aun no se ha repetido en nuestra escena. El grupo de los amigos exigió participar activamente en esta velada. Y vimos así interpretar los roles del marqués don Jaime, a Chao; el del Mayor Robles, a Benito Rebolledo; el del Asistente Cámara, a Rafael Maluenda, sin contar a Orihuela que se mante-

nía insustituible en el de Manuel Rodríguez. Fué una hermosa e inolvidable fiesta cuyo recuerdo aun me acompaña.

Primer fruto de nuestra aventura, fué si no el nacimiento, la gestación de la «Sociedad de autores teatrales de Chile», en lo que participamos con Manuel Magallanes, Aurelio Díaz Meza, el poeta Claudio de Alas y otros, reunidos en una sala de «El Mercurio» durante una temporada, reuniones de las que nos retiramos, dejando lugar a conocedores más capacitados o menos, una vez que la idea se hizo un hecho.

Animados por este primer buen éxito y siguiendo nuestra directiva, escenificamos «Martín Rivas», comedia que no se ha llevado a las tablas; pero que no desespere de presenciar en los mejores días que felizmente se anuncian para nuestro teatro. Y espero ver también la obra original «La ahijada», comedia de ambiente campesino, que se presentó en el teatro ya nombrado «Arturo Prat», por una homogénea compañía

Fué escrita la obra a instancias del regocijado periodista Armando Hinojosa, para estrenarse en el teatro Politeama del Portal Edwards, como primera representación de una compañía de teatro chileno, de la que él se proponía ser, a la vez, empresario y director, compañía que—hay que decirlo—naturalmente, sólo existió en su imaginación. Y, con el pasar del tiempo volvimos al viejo teatro ya nombrado.

A nuestro juicio al menos, la comedia era meritoria: de ficción sencilla y fuerte, y con caracteres bien delineados; pero es de advertir que su primer título fué «La Ruina». A mi parecer, la obra se malogró únicamente por mala suerte, ya que la acción se desenvolvía a las mil maravillas. El público, un tanto escaso para una sala de tanta capacidad, oía con creciente interés; los actores, chilenos todos, y entre ellos destacaba Luis Rojas Gallardo, sentían la obra como si fuese propia, y habían recogido ya buenos aplausos, con íntima complacencia de Mondaca y los suyos, que asistían en platea, cuando, para hacer el debido contraste con el final de violento desenlace, la escena repre-

senta una plácida velada familiar campesina, con el mate tradicional, y adivinanzas y dichos característicos. Una mujer se adelanta a preparar la salida, por el fondo, de los hombres que deben regar la chacra esa noche; abre la puerta y dice, con loca ingenuidad campesina, una frase sola, mirando al cielo: «¡Qué noche más bonita!». Y en aquel preciso instante, el teatro entero retembló con el estruendo de la lluvia, la importuna, atronadora, primera lluvia de un lluvioso otoño.

* * *

Las pequeñas e inevitables caídas debieron causar a su alma superior agudos dolores que su imaginación agrandaba, lacerándolo. Acudía entonces a su fe y oraba en el templo; y a los que le conocíamos en la intimidad nos era grato que recuperara así la perdida paz espiritual.

Cuando en el poema «Cuando el Señor me llame» se despide de sus pecados con lágrimas, porque le dieron tal sabor a la vida y al bien y tal virtud al amor que sin ellos no hubiera sabido qué es vivir, debemos entender que aunque no le fué dado alcanzarla, como siempre lo deseó, amaba y admiraba la virtud y, pese a los ligeros extravíos sin consecuencias, tan propios del hombre, compadecía el vicio.

Desde modesto empleado de la Universidad llegó a ser Pro-Rector de ella, y después Rector del Instituto Nacional, y, como tal, miembro del Consejo Universitario. Tuvo la amistad de Rectores como don Domingo y don Gregorio Amunátegui y don Claudio Matte, en una de cuyas casas de Ibacache pasó invitado una temporada, cuando ya se acercaba el fin.

Se ha dicho de él que fué un poeta místico; fué algo más: fué cristiano.

Lo que habéis oído dicho por mí, no es de mi invención exclusiva, tampoco pretendo que sea la verdad ¿Quién puede definir un espíritu? ¿Y el de un poeta, además? Mis deshilvanados

conceptos están muy lejos de la estudiosa explicación que la obra de tan alto autor merece. Pensándolo bien, es sólo, como ya dí a entender, un intento débil y sin mayor trascendencia. Y así sólo debemos recordar de este momento que ha descendido hasta nosotros el alma del poeta por la exquisita gracia musical de la voz de María Maluenda.

He dicho.